

Una gobernanza digna

*de la humanidad y el camino
hacia un orden mundial justo*

Declaración de
la Comunidad Internacional Bahá'í
con motivo del 75 aniversario
de las Naciones Unidas

El 75 ANIVERSARIO de las Naciones Unidas coincide con un momento en que el escenario mundial en rápida mutación suscita una valoración más profunda de la interconexión e interdependencia de la humanidad. En medio de la conmoción creada y agudizada por una pandemia que asola al mundo entero, se abren numerosas posibilidades para un marcado cambio social que puede aportar estabilidad al mundo y enriquecer la vida de sus habitantes. A lo largo de la historia, los períodos de turbulencia han brindado oportunidades para redefinir los valores colectivos y los supuestos que los sustentan. Lo mismo puede decirse del

«La verdadera paz y tranquilidad se lograrán solamente cuando la totalidad de las almas lleguen a desear el bien de toda la humanidad».

momento actual. La variedad de ámbitos en los que los sistemas y enfoques establecidos reclaman una transformación radical pone en evidencia la importancia del próximo cuarto de siglo a partir del 75 aniversario de las Naciones Unidas hasta su centenario, para definir el destino de la

humanidad. Un coro creciente de voces reclama pasos resueltos en nuestra trayectoria colectiva hacia una paz duradera y universal. Es un llamamiento que exige respuesta.

La familia humana es una. Esta es una verdad que ha sido aceptada por multitudes de todo el mundo. Sus profundas implicaciones para nuestro comportamiento colectivo deben generar un movimiento coordinado hacia mayores niveles de unidad social y política. Como Bahá'u'lláh declaró hace más de un siglo, «La verdadera paz y tranquilidad se lograrán solamente cuando la totalidad de las almas lleguen a desear el bien de toda la humanidad». Los peligros de una comunidad mundial dividida contra sí misma son demasiado grandes como para transigir con ellos.

El siglo pasado ha sido testigo de muchos pasos — imperfectos, pero significativos— que sentaron las bases de un orden mundial que podría garantizar la paz internacional y la prosperidad de todos. La primera tentativa sería de la humanidad para establecer una gobernanza mundial, la Sociedad de Naciones, duró 25 años. Es extraordinario que las Naciones Unidas ya hayan triplicado esa duración. Realmente, no tiene paralelo alguno como estructura para implicar a todas las naciones del mundo y como foro donde expresar la voluntad común de la humanidad. Sin embargo, los acontecimientos recientes ponen en evidencia que las disposiciones vigentes ya no son suficientes frente a las amenazas en cadena cada vez más interconectadas. Por lo tanto, deben intensificarse la integración y la coordinación. El único camino viable hacia adelante se halla en un sistema de cooperación mundial cada vez más amplio. Este aniversario ofrece un momento propicio para empezar a crear un consenso en cuanto a la forma en que la comunidad internacional puede mejorar su organización, y para determinar cuáles serán los indicadores con los que se medirán los progresos.

Por lo tanto, nos encontramos en el umbral de una tarea decisiva: organizar nuestros asuntos con determinación y con plena conciencia de nosotros mismos como un solo pueblo en una patria compartida.

En los últimos años, la crítica fundamentada a los acuerdos multilaterales se ha visto eclipsada a veces por el rechazo a la idea misma de un orden internacional basado en normas. Sin embargo, este período de resistencia se inscribe en procesos históricos más amplios que dirigen a la comunidad mundial hacia una unidad más sólida. En cada etapa de la historia humana, unos niveles más complejos de integración se vuelven no solo posibles, sino necesarios. Surgen nuevos desafíos más apremiantes, y el cuerpo político se ve obligado a concebir nuevas disposiciones que respondan a las necesidades de la época mediante una mayor

inclusión, coherencia y colaboración. Las exigencias del momento actual están abocando a las estructuras actuales a facilitar el diálogo entre las naciones, y a los sistemas de resolución de conflictos a superar su capacidad de ser efectivos. Por lo tanto, nos encontramos en el umbral de una tarea decisiva: organizar nuestros asuntos con determinación y con plena conciencia de nosotros mismos como un solo pueblo en una patria compartida.



R ECONOCER LA UNIDAD de la familia humana no es pedir uniformidad ni renunciar a la rica variedad de sistemas de gobierno existentes. Un verdadero reconocimiento de la unicidad de la humanidad conlleva en sí el concepto esencial de la diversidad. Lo que se necesita hoy día es un consenso decidido que, a la vez que preserve los diversos sistemas y culturas del mundo, encarne un conjunto de valores y principios comunes que puedan ganarse

el apoyo de todas las naciones. Se puede vislumbrar cierto nivel de acuerdo en torno a estas normas y principios compartidos en ideales como la universalidad de los derechos humanos, el imperativo de erradicar la pobreza o la necesidad de vivir dentro de unos

Un verdadero reconocimiento de la unicidad de la humanidad conlleva en sí el concepto esencial de la diversidad.

límites ambientalmente sostenibles. Pero hay que ir más allá y afrontar las espinosas dificultades que estos ideales implican.

Un marco que dé cabida a una diversidad de enfoques, cimentado en un compromiso con la unidad y en una ética de justicia compartida, permitiría poner en práctica principios comunes en innumerables disposiciones y formulaciones. Dentro de este marco, las diferencias en las estructuras políticas, los sistemas jurídicos y la organización social se mantendrían no como puntos de fricción, sino como fuentes de potencial

generación de nuevas soluciones y enfoques. En la medida en que las naciones se comprometan a aprender unas de otras, los hábitos arraigados de disputa y culpa pueden reemplazarse por una cultura de cooperación e investigación, y por la aceptación voluntaria de los contratiempos y errores como aspectos inevitables del proceso de aprendizaje.

El verdadero reconocimiento de la interdependencia mundial requiere un sincero interés por todos, sin distinción. Este principio, engañosamente simple, implica un profundo reordenamiento de las prioridades. Con demasiada frecuencia, el fomento del bien común se aborda como un objetivo secundario, encomiable, pero que se buscará únicamente cuando se hayan garantizado otros intereses nacionales más limitados. Esto debe cambiar, ya que el bienestar de cualquier segmento de la humanidad se halla inseparablemente ligado al bienestar del conjunto. El punto de partida para la consulta sobre cualquier programa o política debe ser la consideración del impacto que tendrá en todos los segmentos de la sociedad. Los dirigentes y los legisladores se enfrentan, pues, a un interrogante crucial a la hora de sopesar los méritos de cualquier acción propuesta, ya sea a escala local, nacional o internacional: ¿promoverá el bien de la humanidad en su totalidad?

Cualesquiera que sean los beneficios derivados de las concepciones del pasado respecto a la soberanía del Estado, las circunstancias actuales exigen un enfoque mucho más holístico y coherente del proceso de análisis y de la toma de decisiones. ¿Cuáles serán las repercusiones mundiales de las políticas nacionales? ¿Qué opciones contribuyen a la prosperidad conjunta y a la paz duradera? ¿Qué medidas favorecen la nobleza y preservan la dignidad humana? Conforme la conciencia de la unicidad de la humanidad vaya calando en los procesos de toma de decisiones, las naciones tendrán más facilidad para reconocerse como auténticos socios en la administración del planeta y garantizar la prosperidad de sus pueblos.

Cuando los gobernantes analicen el impacto de las políticas que han de adoptar, habrán de considerar lo que muchos denominan el espíritu humano, esa cualidad esencial que busca el sentido de las cosas y aspira a la trascendencia. Estas dimensiones menos tangibles de la existencia humana se han considerado típicamente reducidas al ámbito de la creencia personal y alejadas de las preocupaciones de los legisladores y de los administradores. Ahora bien, la experiencia ha demostrado que no es posible el

...no es posible el progreso para todos si el desarrollo material está divorciado del desarrollo espiritual y ético.

progreso para todos si el desarrollo material está divorciado del desarrollo espiritual y ético. Por ejemplo, el crecimiento económico de las últimas décadas ha generado indiscutiblemente prosperidad para muchos, pero con ese crecimiento desvinculado

de la justicia y la equidad, unos pocos se han beneficiado desproporcionadamente de sus frutos, y muchos viven en condiciones precarias. Quienes subsisten en la pobreza son los que corren el mayor riesgo en caso de que se produzca una recesión en la economía mundial, lo que exacerbará las desigualdades existentes e intensificará el sufrimiento. Cualquier proyecto que pretenda el progreso de la sociedad, aunque solo se refiera a las condiciones materiales, se basa en supuestos morales subyacentes. Todas las políticas reflejan unas convicciones sobre la naturaleza humana, unos valores que promueven diversos fines sociales. y la forma en que determinados derechos y responsabilidades se influyen mutuamente. Estos supuestos determinan el grado en que cualquier decisión pueda producir un beneficio universal. Por lo tanto, deben ser objeto de un examen cuidadoso y honesto. Solo si se garantiza que el progreso material esté conscientemente ligado al progreso social y espiritual, se podrá cumplir la promesa de un mundo mejor.

EL MOVIMIENTO HACIA relaciones internacionales coordinadas y genuinamente cooperativas requerirá finalmente un proceso en el que los dirigentes mundiales se reúnan para reestructurar y reconstituir el orden mundial. Porque lo que

antes se consideraba una visión idealista de la cooperación internacional se ha convertido, a la luz de los desafíos graves y evidentes a los que se enfrenta la humanidad, en una necesidad práctica. La eficacia de los pasos en esta dirección dependerá de que se renuncie a las trilladas pautas de estancamiento e inmovilismo en favor de una ética de

ciudadanía mundial. Los procesos deliberativos tendrán que ser más magnánimos, razonados y cordiales, motivados no ya por el apego a posiciones arraigadas e intereses particulares, sino por una búsqueda colectiva de una comprensión más profunda de los problemas complejos. Será necesario descartar los objetivos incompatibles con la búsqueda del bien común. Hasta que esta sea la ética preponderante, será difícil alcanzar un progreso duradero.

Esa postura respalda un enfoque del progreso orientado hacia los procesos, que construye gradualmente sobre las fortalezas y que responde a la evolución de las realidades. Y a medida que aumenta la capacidad colectiva de investigación argumentada y desapasionada sobre el mérito de una determinada propuesta, hay una serie de reformas que merecen una mayor deliberación. Por ejemplo, el establecimiento de una segunda cámara de la Asamblea General de las Naciones Unidas, en la que los representantes son elegidos directamente —la denominada

Porque lo que antes se consideraba una visión idealista de la cooperación internacional se ha convertido, a la luz de los desafíos graves y evidentes a los que se enfrenta la humanidad, en una necesidad práctica.

asamblea parlamentaria mundial– podría contribuir en gran medida a reforzar la legitimidad y la comunicación de las personas con ese órgano mundial. Un consejo mundial sobre asuntos futuros podría institucionalizar el examen de cómo las políticas pueden repercutir en las generaciones venideras, y prestar atención a una serie de cuestiones, como las medidas de protección frente a las crisis mundiales, el uso de las nuevas tecnologías o el futuro de la educación y el empleo. El fortalecimiento del marco jurídico relativo al mundo natural daría coherencia y vigor a los regímenes de la diversidad biológica, el clima y el medio ambiente, y proporcionaría una base sólida para un sistema de administración común de los recursos del planeta. La reforma de la infraestructura general para promover y mantener la paz, que incluya la reforma del propio Consejo de Seguridad, permitiría que las conocidas pautas de parálisis y estancamiento dieran paso a una respuesta más decisiva ante una amenaza de conflicto. Esas iniciativas o innovaciones equivalentes requerirían una deliberación específica, y sería necesario que hubiera un consenso general a favor de cada una de ellas para que ganara aceptación y legitimidad. Por supuesto, no bastarían por sí solas para satisfacer las necesidades de la humanidad; sin embargo, en la medida en que supondrían mejoras con respecto a lo que existe hoy en día, cada una podría contribuir con su parte a un proceso de crecimiento y desarrollo verdaderamente transformador.

El mundo que la comunidad internacional se ha comprometido a construir, en el que la violencia y la corrupción hayan dado paso a la paz y la buena gobernanza, por ejemplo, y en el que la igualdad de mujeres y hombres se haya infundido en todas las dimensiones de la vida social, no se ha dado nunca antes. El progreso hacia los objetivos consagrados en los programas mundiales exige, por tanto, una orientación consciente hacia la experimentación, la búsqueda, la innovación y la creatividad. A medida que estos procesos se vayan desarrollando,

el marco moral ya definido por la Carta de las Naciones Unidas deberá aplicarse con una fidelidad cada vez mayor. Solo en la medida en que se cumplan en la práctica los compromisos adquiridos, como el respeto al derecho internacional, la defensa de los derechos humanos fundamentales, la adhesión a los tratados y acuerdos, podrán las Naciones Unidas y sus Estados miembros acreditar un nivel de integridad y fiabilidad ante los pueblos del mundo. A menos que esto se cumpla, ninguna reorganización administrativa resolverá la multitud de desafíos inveterados que tenemos ante nosotros. Como declaró Bahá'u'lláh: «Las palabras deben estar respaldadas por hechos, porque los hechos son la verdadera prueba de las palabras».



LOS AÑOS QUE CERRARÁN el primer siglo de las Naciones Unidas representan un período de inmensas oportunidades. La colaboración es posible a unas escalas inimaginables en épocas pasadas, abriendo perspectivas de progreso sin precedentes. Sin embargo, si no se llega a un acuerdo que apoye una coordinación mundial eficaz, se correrá el riesgo de que las consecuencias sean mucho más graves – potencialmente catastróficas – que las derivadas de los desórdenes recientes. La tarea que tiene ante sí la comunidad de naciones, por lo tanto, es asegurar que la maquinaria de la política y el poder se encaminen cada vez más hacia la cooperación y la unidad. En el centenario de las Naciones Unidas, ¿no sería posible que todos los habitantes de nuestra patria común confíen en que hemos puesto en marcha un proceso

La colaboración es posible a unas escalas inimaginables en épocas pasadas, abriendo perspectivas de progreso sin precedentes.

realista para construir el orden mundial necesario que mantenga el progreso en los siglos venideros? Esta es la esperanza de la Comunidad Internacional Bahá'í y el objetivo por el que trabaja. Nos hacemos eco del conmovedor llamamiento que hace tiempo hizo Bahá'u'lláh a los gobernantes y árbitros de los asuntos humanos: «Que tomen consejo juntos después de haber meditado sobre sus necesidades, y suministren mediante deliberación ferviente y plena a un mundo enfermo y penosamente afligido el remedio que requiere».

Copyright 2020 Bahá'í International Community

Bahá'í International Community
866 United Nations Plaza, Suite 120
New York, NY 10017, USA